

## CAPITULO XXVIII.

## Colon ante el consejo de Salamanca.



INTERESABA tanto á fray Pedro Antunez la desgracia de Colon, que ejerció toda la influencia que tenia sobre él para decidirle á habitar en su compañía una celda en el convento de Mercenarios.

Obedeciendo la última voluntad de Beatriz, confió á Colon el generoso sentimiento que le habia inspirado su primer hijo Diego, y aquella confianza demostró más y más al pobre genovés lo inmenso de la pérdida que habia experimentado al bajar al sepulcro Beatriz.

Fray Pedro Antunez escribió á fray Juan Perez de Marchena, participándole la voluntad de doña Beatriz Enriquez de Córdoba, y como al mismo tiempo Colon habia confiado durante su ausencia al prior de la Rábida el cuidado de la educacion de su hijo Diego, le autorizó desde luego para que emplease aquellos recursos como estimara más conveniente al mejor porvenir de su hijo.

En cuanto á Fernando, el pobre niño, que todavía no podia echar de ménos á sus padres, porque los habian reemplazado Inés y Beltran, se criaba al calor de aquella antigua y buena servidora de Beatriz.

Todo el mundo creia que los dos niños eran gemelos, y hasta el bueno de Matías, que estuvo á ver á su hija, apenas supo su alumbramiento volvió á la Rábida ébrio de alegría, refiriendo con el entusiasmo mayor del mundo la belleza de

aquellos dos nietecitos tan bien emparejados que le habia dado la Providencia.

Gracias á los consuelos del prior del convento de Mercenarios, Colon pudo buscar en el estudio de la ciencia, en la conversacion con hombres ilustrados, en la consecucion de sus esperanzas, un lenitivo á sus muchas amarguras.

Y como el porvenir de sus dos hijos estaba asegurado, conservando en el fondo de su alma una profunda y siempre viva adoracion hácia Beatriz, se entregó por completo á su destino

Deseoso de ayudarle fray Pedro Antunez, le presentó á muchas ilustres personas que visitaban con frecuencia el convento, gracias á lo cual pudo Colon entrar en relaciones amistosas y hallar hombres de corazon, deseosos de su prosperidad, en don Alonso de Quintanilla, contralor de finanzas de Isabel, que más tarde le hospedó en su casa y le proporcionó su amistad con Alejandro Geraldini, sabio italiano, preceptor de los hijos de la reina, con Antonio Geraldini, nuncio del Papa en la corte de don Fernando; y por último, con el Mecenas que fray Pedro Antunez le habia prometido, el ilustre don Pedro Gonzalez de Mendoza, arzobispo de Toledo y cardenal.

Todos ellos eran personas de vasta ilustracion y no se desdenaban de hablar con el ilustre genovés, discutiendo sus proyectos con detenimiento y erudicion; pero temiendo siempre que hubiera algo de exagerado, algo de fantástico en sus planes.

El arzobispo de Toledo, correspondiendo á la recomendacion que en favor de Colon le hizo fray Pedro Antunez, le acogió con suma bondad.

Era el consejero más íntimo y más respetado de los Reyes



Católicos, hombre de gran talento y de elocuente palabra, á cuyas cualidades debía la influencia de que gozaba.

Oyó con atención al extranjero, y al pronto le estremecieron las teorías geográficas que defendía, teorías que le parecían contradecir las nociones establecidas en la Biblia acerca del sistema astronómico.

Esto consistía en que á pesar de su erudición y de su talento, no estaba versado en la cosmografía.

Por más que el arzobispo de Toledo admiró la ilustración y el génio con que se expresaba el extranjero, no se podía explicar cómo le patrocinaba y le tenía en su convento fray Pedro Antunez.

En efecto; hallando en contradicción algunas de las teorías de Colón con las que proclamaban los libros sagrados, no parecía el que las sustentaba un cristiano viejo ni con mucho.

Pero bien pronto la piedad sincera y superior de Colón le tranquilizó.

No podía ser, en efecto, un blasfemo el hombre que con sus ideas daba más importancia, mayor grandeza á la obra de la sabiduría de Dios.

El arzobispo de Toledo habló con el confesor de la reina y con varios personajes de la corte acerca del protegido de fray Juan Pérez Antunez, y oyó á unos y otros las palabras que Colón había dicho tantas veces.

—Sí, ya le conocemos, decían todos, es un pobre loco que hace más de año y medio quiso obtener una audiencia de los reyes.

—A mí, dijo el confesor de la reina, me visitó de parte de un antiguo amigo, del prior de la Rábida; pero desconfiando de sus asertos, pareciéndome fabulosas sus ideas, y notando además en su porte cierta altanería, que sentaba mal con su actitud de pretendiente, le dejé en el olvido. No merecía otra cosa.

—Y sin embargo, fray Fernando, contestó el arzobispo de Toledo, yo que he tenido sin duda más paciencia que vos para oírle, y un poco más de bondad para apreciar sus ideas, me he llegado á convencer de que es un hombre superior, de que sus pensamientos son generosos, y creo que me ayudaréis á obtener de los reyes una audiencia para él.

—Vuestra eminencia sabe tan bien como yo, que no es la ocasión más oportuna. Todas las fuerzas de Castilla y Aragón están combinadas para llevar á cabo la conquista de Granada. Otras medidas de la mayor trascendencia son objeto de los debates que tienen lugar en los consejos de los monarcas, y todo cuanto intentéis hacer en favor de ese pobre extranjero será inútil.

—Sois el director espiritual de la reina, y sin embargo, mi querido fray Fernando, ó sois muy reservado, ó no habeis comprendido todavía la grandeza de alma de vuestra penitente. Yo la conozco ménos que vos, y sin embargo, estoy seguro de que late su corazón siempre que se trata de algo grande, de algo noble, de algo sublime. Yo sé que habrá entusiasmo en ella para escuchar á un hombre que desde remotos países, sin más patrimonio que la fe, viene á ofrecerla un mundo desconocido.

—Soy el primero en reconocer las altas prendas de nuestra augusta soberana. Pero distraer su atención en estos momentos de la grandiosa empresa que en unión de su esposo ha acometido, ó seria infructuoso, ó si no lograríamos preocuparla con esta idea, muy perjudicial á la causa de la religión, si despertando el sentimiento de aumentar esa joya que quereis ofrecerla, se amenguaba en ella el vehemente deseo que abriga de alejar para siempre á los árabes de las madrigueras de donde nunca debieron salir.



—Eso quiere decir, que no estais muy dispuesto á ayudarme.

—Soy vuestro siervo.

—Pues bien, entónces dejadme á mí toda la dicha, toda la gloria de obtener para ese desvalido la proteccion de los reyes.

—Haced lo que gustéis.

El arzobispo de Toledo aprovechó la primera ocasion en que vió á su majestad para dirigirle aquella súplica.

La recordó el nombre del extranjero, y al recordarle no pudo ménos de pensar en Beatriz, en su buena amiga que habia muerto léjos de su lado, causando mucha amargura en su corazon.

Anunciando á los reyes los propósitos del genovés, les rogó que le oyeran, y ántes de abandonar la régia cámara escuchó de los labios de la reina la seguridad de que le concederian la audiencia que solicitaba.

El arzobispo de Toledo no tardó en comunicar tan fausta nueva á Cristóbal Colon.

Con tan buenos protectores creia asegurado su triunfo, y al cabo de dos años de martirio consiguió la audiencia por la que inútilmente habia suspirado.

En vano habia intentado fray Fernando, ya más que por otra cosa, quizás por un exagerado amor propio, estorbar aquella entrevista.

En vano algunos nobles habian calificado de delirio los planes de Colon.

Fernando é Isabel quisieron escucharle y le escucharon.

Colon se presentó á los reyes con la modestia de un humilde extranjero, pero con la confianza del tributario que ofrece á un soberano mucho más de lo que puede darle, á pesar de su superioridad.



Vuelve al convento de Bábida y refiere al prior sus desventuras.



Colon en sus memorias ha escrito estas palabras:

"Al pensar lo que yo era, sentia una humildad inmensa. Pero al pensar en lo que ofrecia, me consideraba igual á los soberanos.

"En aquellos momentos no era yo: era el instrumento de Dios, escogido por él para llevar á cabo un gran designio."

A pesar de la humildad del extranjero, se hicieron para recibirle los mismos aprestos que si hubiera sido el enviado de una corté extranjera.

El cardenal arzobispo de Toledo llevó á Colon en su carroza al alcázar, y no tardó en hallarse con él en presencia de los reyes.

Despues de presentarse á sus majestades, expuso Colon sus proyectos con la seguridad, con el aplomo del hombre que está convencido de lo que cree y comprende el valor de lo que ofrece.

El rey oyó á Colon con detencion, pero con gravedad.

Sabia juzgar demasiado á los hombres para no apreciar los proyectos de Colon, y aunque el extranjero tenia una imaginacion ardiente, su plan partia de un punto eminentemente científico.

Y como ambicionaba hacer descubrimientos más importantes que el que tanta gloria habia proporcionado al rey de Portugal, el proyecto de abrir un camino directo á través de la India para el Océano, le pareció que podria llegar á arrebatár á la vecina nacion el monopolio del comercio de Oriente.

Isabel acogió con entusiasmo el proyecto de Colon.

La primera mirada, las primeras palabras de aquel hombre, le inspiraron una admiracion que debia llegar hasta el fanatismo.

El extranjero tuvo tal ascendiente sobre ella, que más que